

La moda de juntar cartes-de-visite famosas en álbumes se extendió, propiciada tanto por la aristocracia como por la burguesía. Lo que es particularmente llamativo de estos álbumes es la promiscua mezcla de imágenes de poderosos, nobles, sociales, notorios y efímeros.

⁶ Ver Garafola, p. 36.

⁷ Albéric Sécond, *Les petits mystères de l'Opera*, París, 1844; citado en Guest, *The Romantic Ballet in Paris*, p. 28.

⁸ Ver Garafola, pp. 35-36.

⁹ Jules Janin, *Journal des Débats*, marzo 2, 1840; citado por Guest, *The Ballet of the Second Empire*, Middletown, Wesleyan University Press, 1974, p. 21.

¹⁰ "En el formalizado juego de apareamiento del *pas de deux* travesti, dos mujeres tocándose y moviéndose en armonía comunicaban un erotismo tal vez aún mayor que el de sus encantos físicos individuales. La fantasía de mujeres seduciéndose para gusto del espectador masculino es un tema de la literatura erótica, una especie de actuación travesti puesta en escena en la privacidad de la imaginación. El *pas de deux* travesti del ballet le dio forma pública a esta fantasía privada, colmando el deseo del público, al mismo tiempo que se mantenía seguro dentro de los límites del decoro" (Garafola, p. 39).

¹¹ Las celebridades efímeras en la intersección entre la danza popular y el *demimonde*, mujeres tales como Rigolboche en la cúspide de su fama, inspiraron libros —e.g., *Rigolbochemanie*, *Mémoires de Rigolboche*—, numerosas caricaturas en la prensa popular y, claro, fotografías. Ver Ivor Guest, "Queens of the Cancan", *Dance and Dancers*, Diciembre 1952, pp. 14-16; y Francis Gribble, "The Origin of the Cancan", *The Dancing Times*, abril 1933, pp. 19-21.

¹² Elizabeth Ann McCauley, A.A.E. *Disdéri and the Cart-de-Visite*, New Haven, Yale University Press, 1985.

¹³ La moda de juntar *cartes-de-visite* famosas en álbumes se extendió, propiciada tanto por la aristocracia como por la burguesía. Lo que es particularmente llamativo de estos álbumes es la promiscua mezcla de imágenes de poderosos, nobles, sociales, notorios y efímeros. Por ejemplo, un álbum en la colección del Museo de Arte Moderno (Acceso no. 42,135), formado en 1865-75 trae juntos en sus páginas lo siguiente: víctimas de la Comuna, la Familia Real Birtánica, generales del Segundo Imperio, varias cabezas coronadas de Europa, artistas (Edwin Landsser, Adolph Menzel, Horace Vernet, Ary Scheffer, Coubert, Corot, Meissoniér), actrices (Raquel, Ristori) y finalmente rarezas (el general Mite, la boda de Tom Thumb). Tal reunión no era del todo excepcional.

Cuando la muerte ronda a la mente

Emmanuel le Roy Ladurie

Tomado de *Le Nouvel Observateur*, 7-13 de octubre, 1983. Traducción de Guadalupe Pacheco Méndez.

¿Existió alguna vez la felicidad bajo el reinado de los luises? Claro que sí, pero entre las apretadas mallas de un tejido de catástrofes personales y colectivas.

Los historiadores especializados en el estudio de las sociedades tradicionales (anteriores a la Revolución Industrial o a la Revolu-

ción Francesa) no están armados para “medir” la noción de felicidad individual y subjetiva. El investigador se ve limitado a recoger un determinado testimonio, eventualmente tardío, proveniente de sujetos excepcionales y poco representativos, pero que tuvieron la atinada idea de plasmar sus sentimientos en un diario íntimo o en unas memorias. Frédéric Amiel, en la Ginebra del siglo XIX, anotó con detenimiento tanto los periodos depresivos como las épocas de “elasticidad”, que pautaron las alternativas fases de desgracia y de fertilidad en su vida íntima. El duque de Saint Simon calificó al día de su boda con una mujer a la que escogió por un criterio puramente racional (pero a la que luego adoraría), como el momento más feliz de su vida y no tenemos ninguna razón para dudar de su sinceridad. En contrapartida, este mismo aristócrata nos describe, de pasada, el tedio (lo que hoy llamaríamos depresión) que abrumaba al medio cortesano ocioso que rodeaba a Luis XIV.

En tiempos de los borbones, ya existían las encuestas de opinión, pero estaban sesgadas. Las actas de los Estados Generales, esa inmensa encuesta de tamaño natural sobre las frustraciones de la población en 1788-1789, no son más que un grito prolongado que deplora los males pasados y presentes. Incluso sucedía que los aldeanos fuesen felices, pero tuvieron buen cuidado de no insinuarlo al momento de plasmar por escrito sus cuitas y lamentos.

El investigador está constreñido a trabajar en base a índices objetivos, los cuales, de manera contundente, nos hablan mucho más de la desgracia y del bienestar materiales, que de la felicidad propiamente dicha. En este sentido, existe el testimonio casi incontestable de la demografía. Bajo Luis XIV, dependiendo de la región, de cada tres, cuatro o seis bebés, uno moría antes de la edad de un año; de cada cuatro niños o adolescentes, uno fallecía antes de cumplir los veinte años. De los cuatro hijos que les nacían en promedio, los padres sólo lograban conservar vivos a dos, los cuales alcanzaban con altibajos la edad del matrimonio. Esto por lo que se refiere al siglo XVII francés. Durante el siglo XVIII las cosas fueron un poco mejor.

Durante esos años las cosas mejoraron para la población de veinte años y más. Un francés medio de la región parisina, por lo general un campesino, si lograba franquear el difícil estrecho de las dos primeras décadas de vida, tenía una esperanza de vida de cincuenta y dos años en promedio. Tal vez fuera una vida ingrata, pero, al menos, este aldeano escaparía a los horrores de la senilidad, pues estadísticamente llegaría a sexagenario.

“Fueron felices y tuvieron muchos hijos”. De hecho, la progeneratura, incluso y sobre todo la de carácter múltiple, era mucho más aceptada por las parejas de lo que lo es hoy en día. Sin embargo, esta cálida aceptación tuvo sus límites y la desgracia de una fecundidad demasiado elevada se dejó sentir más de una vez. Una campesina casada y en los mejores años de su vida, daba a luz en promedio cada dos años. No obstante, para una pareja, el número máximo de nacimientos era de cuatro o cinco; pero este “tope” se debía a nupcias tardías.

El investigador está constreñido a trabajar en base a índices objetivos, los cuales, de manera contundente, nos hablan mucho más de la desgracia y del bienestar materiales, que de la felicidad propiamente dicha.



Las sociedades de antaño no conocieron el temor al exterminio nuclear que ronda a nuestra comunidad. ¿Quiere esto decir que se trataba de sociedades inocentes a toda aprehensión apocalíptica capaz de afectar las perspectivas que el porvenir deparaba a hombres y mujeres?

Las mujeres de la élite, e incluso las de la pequeña burguesía urbana del siglo XVIII, sufrieron un inconveniente específico que obstaculizó su felicidad: creían hacer lo correcto al entregar sus bebés a una nodriza, pero al actuar de esta manera ya no se beneficiaron con el periodo de esterilidad que acompaña a la lactancia materna; por esa razón parían un hijo cada año —como lo demostró Maurice Garden en un estudio sobre la demografía de Lyon en el siglo XVIII. Por grande que fuese el espíritu de resignación en tiempos pasados, por amplio que haya sido el umbral de aceptabilidad de la infelicidad, esta situación cuasi-patológica generó sufrimientos que muchas esposas experimentaron profundamente.

No podemos limitar estas breves notas sobre la felicidad al triple campo que abarcan los demógrafos: matrimonio, nacimiento, muerte. Sería necesario mencionar también el interés que manifiestan las gentes por su profesión o por su trabajo, en la medida en que una u otro dan sentido a la vida: Colbert se apasiona por su trabajo ministerial y se sumerge en él con deleite, Luis XIV dice que el oficio de rey es grande, noble, delicioso. Pero ¿qué hay del interés por el trabajo cuando “descendemos” al medio de los labradores, de los jornaleros, de los artesanos?

Respecto a la felicidad existe un índice que no hay que olvidar: las elucubraciones que hacían los hombres sencillos respecto al significado de su existencia o a su carencia de sentido, son útiles para alcanzar una apreciación global. Alain Moulinier escudriñó los registros parroquiales de Vivarais correspondientes a los siglos XVII y XVIII. Sólo encontró un número insignificante, casi nulo de suicidios; pero cualesquiera que hayan sido los camuflajes con los que una familia lograba maquillar la “deshonrosa” autodestrucción de uno de los suyos, esta ausencia de suicidios en la pobre y a veces miserable región del Vivarais, aboga por la idea de que existía una buena integración de los individuos en sus comunidades; una vez más, se trataba de una manera de exorcisar la infelicidad o, en todo caso, de protegerse contra sus recaídas psicológicas.

Llegamos así al problema de la infelicidad colectiva. Las sociedades de antaño no conocieron el temor al exterminio nuclear que ronda a nuestra modernidad. ¿Quiere esto decir que se trataba de sociedades inocentes a toda aprehensión apocalíptica capaz de afectar las perspectivas que el porvenir deparaba a hombres y mujeres? En realidad, esta “inocencia” resulta ser bastante problemática. Todo depende de las épocas. “Espero la muerte rodeado de muertos”, escribió un monje irlandés durante la peste negra de 1348-1349 y se imaginaba que pronto desembarcaría en la desaparición total del género humano. ¿Qué podían pensar o más bien sufrir los habitantes de Romans, en 1586, cuando vieron que la peste había aniquilado a la mitad de la población? Resta por decir que las medidas militares y civiles de cuarentena lograron extirpar a la peste en Europa occidental, según las regiones, después de 1670 o de 1721. ¿Qué hermosa retirada del apocalipsis! Este sólo regresará con fuerza, bajo la

forma de una amenaza permanente o de una sombra en forma de nube, a partir de Hiroshima, y bajo modalidades que no tendrían ya nada que ver con los bacilos.

¿Qué decir de la guerra? Ni el servicio obligatorio, ni el reclutamiento en masa, ni los medios convencionales de rápido exterminio que existieron bajo el antiguo régimen; es más, la ametralladora sólo se empezó a utilizar hasta el primer conflicto mundial. Sin embargo, la guerra provocó indirectamente numerosas muertes, debido a las epidemias que "oportunistamente" se aprovecharon de las condiciones de penuria que propagaban los ejércitos combatinetes para proliferar. Es por esta razón que, proporcionalmente, la guerra resultó ser tan mortífera en la Edad Media (guerra de los Cien Años) y en el siglo XVII (guerra de los Treinta Años), como lo sería ulteriormente de 1914 a 1945. Con posterioridad al siglo XVII, entre los años de 1713 y 1714, se registraron (con la excepción de las guerras revolucionarias e imperiales de 1792 a 1815) admirables progresos. Durante esos doscientos años, si bien no se logró eliminar la guerra en Europa, al menos se evitó caer en situaciones extremas capaces de provocar millones de muertos, tal como sucedió en los años de 1640-1650, y tal como sucedería en los años de 1940-1950.

Una cronología idéntica, con apenas algún desfase en el largo plazo, preside la tónica del crimen, ese hecho social total y brutal. Nuestros contemporáneos, más aún en Estados Unidos que en Europa, descubren (no sin reacciones pasionales) que lo que parecía evidente hace una cincuentena de años (caminar por las calles de una ciudad durante la noche sin temor a alguna agresión), hoy ya no resulta un acto seguro en ciertos barrios "peligrosos", y a veces ni siquiera sobre el territorio entero de una ciudad. Se desploma, pues, un elemento más de las felicidades simples de antaño, me refiero a las de principios del siglo XX. Esta pequeña felicidad "por la seguridad" se conquistó penosamente desde fines del siglo XVII gracias a los fuertes golpes de una educación represiva, fuertemente inculcada por la escuela, la iglesia y la familia. Esta tríada inspiraba en los jóvenes el horror a la delincuencia, los hacía apartarse de las vías ilícitas. Así fue como se pudo vivir un largo "siglo XIX", de 1750 a 1950, sobre un capital de seguridad que se había ido acumulando lentamente y que hoy se disipa ante nuestros ojos un tanto demasiado rápido.

Por otro lado, podría parecer irrisorio evocar la felicidad ecológica del siglo XVII, cuando los pobres eran acosados por las epidemias, por un trabajo duro, o simplemente por el frío, el hambre, etcétera. Sin embargo, en la mitad norte de Francia, hasta Suiza, los lagos eran puros, los paisajes seguían intactos o eran prácticamente modelados por el campesinado; estaban disponibles para inspirar ese raptó pasional que abrazó a Jean Jacques Rousseau. Nuestra felicidad actual de hiperconsumidores se paga también con la destrucción de un acervo de siglos y con el aniquilamiento de los bosquecillos sabiamente escalonados en los flancos de las colinas.

Nuestra felicidad actual de hiperconsumidores se paga también con la destrucción de un acervo de siglos y con el aniquilamiento de los bosquecillos sabiamente escalonados en los flancos de las colinas.



En una sociedad así como la de Estados Unidos, donde la licencia de conducir indica cuál es el órgano que se va a donar como anticipando el accidente automovilístico que entregará nuestro hígado a otro recipiente temporal, la muerte es una forma horrorífica de intercambio y no una relación con lo sagrado.

Aparte de los goces (todos ellos relativos) de la naturaleza, existían también los igualmente incontestables delietes de la piedad: siempre me ha fascinado la perfecta beatitud de una dama Borrelly, esposa de un notario de Nimes, quien al caer gravemente enferma, a fines del reinado de Luis XIV, esperaba su propia muerte con impaciencia y disfrutaba con la perspectiva de conquistar al fin las radiantes visiones del paraíso. . . ¿Cómo cuantificar tal felicidad?

Cadáveres ilustres

Jean Franco

Fragmento del ensayo "Gender, Death and Resistance: Facing the Ethical Vacuum", publicado en *Chicago Review*, volumen 35, número 4.

La obsesión con el cadáver está por todas partes de la cultura del capitalismo avanzado. Estos cadáveres —con rostros punks, imágenes de video de carne putrefacta, imágenes cinematográficas de los muertos vivientes en las escaleras de los centros comerciales, la calavera debajo de la publicidad del cigarro, imágenes de africanos en los huesos en un concierto mundial de rock contra el hambre, las danzas de Pina Bausch que parecen ataques catatónicos o el tieso cuerpo electrizado de los animales muertos— no señalan una relación real con la muerte sino una en la que el cadáver se ha convertido simplemente en otra parte del repertorio imaginario. En la película *Bajo fuego*, el cadáver de un héroe de la guerrilla puede pasar por vivo gracias al fotógrafo protagonista quien así logra salvar a la revolución sandinista, cuyo éxito parece depender de una figura carismática. En una sociedad así como la de Estados Unidos, donde la licencia de conducir indica cuál es el órgano que se va a donar como anticipando el accidente automovilístico que entregará nuestro hígado a otro recipiente temporal, la muerte es una forma horrorífica de intercambio y no una relación con lo sagrado. Esta fascinación con el cadáver, sobre todo cuando se muestra de un modo "primitivo" o altamente tecnificado, alienta la sensación apocalíptica de lo que en la actualidad se describe comúnmente como la época postmoderna —donde postmoderno es en esencia el estilo que han hecho posible la explosión informativa y las posibilidades tecnológicas del capitalismo tardío.